



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 14

CT 119 ECLESIOLOGÍA Y PNEUMATOLOGÍA

Pixley, Jorge. “Vivir en el Espíritu es crecer en una vida comunitaria”. En *Vida en el Espíritu: el proyecto mesiánico de Jesús después de la resurrección*, 226-246. Managua: CIEETS, 1993.

podían predicar y dirigir a la congregación en sus oraciones, y esto también era la obra del Espíritu Santo.’

Con el surgimiento masivo del movimiento pentecostal vemos una religión sencilla y popular que satisface las ansias de muchos campesinos y pobladores marginados, en parte porque les da la Palabra. Pancho, María y Juan José pueden repetir el milagro del Espíritu en Jerusalén en la fiesta de Pentecostés. Pueden hablar “en lenguas” como los apóstoles sin pedirle permiso al cura ni a nadie. Dios está con ellos y se expresa con los gemidos indecibles de quienes no pueden ya hablar coherentemente en un mundo que se les ha vuelto ajeno, viviendo como extraños en su propia tierra.

También se dan casos donde las “comunidades eclesiales de base” toman la palabra para discutir de forma inspirada las Escrituras y el texto de su vida social. Es insólito que creyentes sin letras lleguen a pronunciarse sobre los males de su sociedad y entren en competencia con los doctores de la Iglesia en cuanto a la interpretación de la Palabra de Dios. Es la profecía, y no cabe duda que está inspirada por el Espíritu Santo.

4. Vivir en el Espíritu es crecer en una vida comunitaria

El relato fundante de la nueva asamblea (=ekklesia) que hemos examinado recién en función de la palabra profética termina con una descripción de la comunidad, una descripción idealizada porque éste es un relato “mítico” de fundación:

Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Sobrevino a toda alma un gran temor; muchas señales y prodigios fueron hechos por los apóstoles. Todos los

creyentes eran unánimes y tenían todas las cosas en común; y vendían sus propiedades y sus bienes y los repartían a todos según su necesidad. Y perseverando unánimes cada día en el templo, partiéndose en las casas su pan, comían el sustento con gozo y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo. El Señor añadía cada día a ellos a los que eran salvados. Hch 2:42-47.

Esta es la conclusión del relato que comenzó con el derramamiento del Espíritu sobre los ciento veinte seguidores de Jesús resucitado. No solamente se ha mostrado el Espíritu en la profecía general de los seguidores de Jesús sino en la formación de una comunidad donde no la hubo antes. Y esta comunidad incluía a muchos de los “partos, medos, elamitas...” que habían oído la Palabra en sus propias lenguas (Hch 2:8-11). De este grupo heterogéneo, en su mayoría extranjeros en Jerusalén, el Espíritu Santo ha formado una comunidad mayor que la de muchos pueblos. La comunión es una obra maravillosa del Espíritu de Dios; ésta es la lección de este texto fundante.

4.1. Hay otro asunto que pasa a veces desapercibido: Esta “iglesia” viene a tomar el lugar de la que anteriormente era la legítima iglesia de Dios, el pueblo de Israel. El asunto es más claro si nos remitimos al griego, lengua que usaron los apóstoles para sus escritos. La frase *ekklesia kyriou* se usa en la Biblia de los Setenta (LXX) para traducir la frase “sacerdotal” *gahal YHVH*. Lucas evita usar el término para los seguidores de Jesús en el mito fundante. Introduce el término en este sentido hasta la muerte de Ananías y Safira por obra del Espíritu (Hch 5:11), después de lo cual su uso es frecuente. Ya las autoridades del Templo han rechazado en forma definitiva la predicación de los apóstoles que venía avalada por la resurrección de Jesús y los prodigios del Espíritu Santo.

Todo el texto de Lucas/Hechos está estructurado en torno a las promesas de la venida del Mesías que rescataría a Israel, el rechazo repetido del Mesías por las autoridades de Israel, y entonces —y solamente entonces— la formación de la ekklesia de los cristianos, expresión ésta que Lucas introduce en Hch 11:26. Es un asunto de primerísima importancia, que merece tomar por un momento alguna distancia del texto para una reflexión sobre la historia que vivieron los apóstoles, sobre la que Lucas en particular informa.

Israel fue un proyecto campesino evocado por Yavé para (1) su liberación de sus señores, el Faraón de Egipto y los reyes de las ciudades cananeas, y (2) la formación de una nación campesina Israel. Todo lo que nosotros llamamos Antiguo Testamento y parte del Nuevo Testamento es la historia de la larga lucha de esta nación por defenderse de sus enemigos externos y de los opresores que surgieron internamente, tanto reyes como sacerdotes. La nación Israel como proyecto campesino fue destruida por los romanos en dos guerras (66-74 d. C. y 132-135 d. C.). No existía en esos tiempos un estado de Israel, de modo que las guerras fueron dirigidas contra movimientos insurreccionales populares. Los sacerdotes y el sanedrín no participaron, excepto provisoria y temporalmente, en estas insurrecciones; ellos tenían un lugar asegurado dentro del orden imperial. Las guerras fueron, pues, revoluciones que fueron derrotadas, y a las derrotas siguieron medidas que desarticulaban totalmente el campesinado que era la base política del proyecto de Yavé.

Hablando desde una perspectiva histórica, tomando alguna distancia de nuestros textos canónicos, reconocemos dos grupos que reclamaron la herencia de Israel: (1) Los cristianos, cuyo núcleo era el movimiento galileo de Jesús, aumentado y consolidado en Jerusalén, según Lucas, por la obra del Espíritu Santo. Los cristianos predicaban que el

Mesías fue enviado por Dios en la persona de Jesús pero que fue entregado a muerte por los oficiales del sanhedrín. Por la obra del Espíritu de Dios se organizó un nuevo pueblo de entre quienes venían de todas partes del imperio. Esta nueva ekklesia tomaba el lugar dejado vacante por quienes seguían a las autoridades del sanhedrín. La "Iglesia Cristiana" venía a ser el nuevo pueblo del Dios de Abraham. (2) Los rabinos, bajo la conducción de Johanan ben Zakkai, se retiraron durante la insurrección a Jamnia en la costa filistea. Allí, con la autorización del imperio, establecieron una escuela y corte de justicia. Eran maestros de la ley y organizaron un pueblo judío disperso en todo el mundo en torno al cumplimiento de la ley de Dios. No tenían interés en el proyecto popular que era un movimiento con bases en el campo. Ellos aseguraban que con su escrupuloso cumplimiento de la ley de Dios eran los verdaderos herederos de Moisés.

Esta era, pues, la situación en que nació la iglesia cristiana. Israel moría en una lucha gloriosa por su libertad, simbolizada en el suicidio colectivo de Masada (74 d. C.). Los cristianos, la nueva gahal YHVH, afirmaban que el Espíritu Santo había creado esta comunidad para ser el verdadero Israel. Pero, para poder establecerse, tuvieron que polemizar constantemente con los rabinos que fueron consolidando su hegemonía sobre las sinagogas. Los cristianos lucharon en el interior de las sinagogas en lugares como Efeso, Corinto y Roma, pero tuvieron que ceder la hegemonía a los rabinos y salir a formar assembleas (=iglesias) independientes. Era la experiencia del Espíritu lo que daba confianza a estas comunidades de que realmente eran el legítimo pueblo de Dios. Los "judíos" podían quedarse con la Ley de Moisés; el Espíritu aseguraba la legitimidad de las iglesias con la evidencia de la conformación de comunidades donde antes eran personas dispersas sin un sentido de pueblo.

4.2. Por obra del Espíritu irrumpe un pueblo donde no lo había. La epístola primera de Pedro lo dice. Dirige su epístola a “los expatriados de la dispersión de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu” (1 P 1:1-2). Entre ellos ha surgido una cosa nueva: “Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1 P 2:10).

Sin duda es una maravilla que surgiera entre esclavos y libres, varones y mujeres, gentiles y judíos, una sociedad religiosa como la iglesia cristiana. En ella todos son hermanos que, según su arquetipo ideal, tienen en común sus bienes de modo que nadie pase necesidad. Según Lucas, el escritor apostólico que más se ocupa de este asunto, mientras los discípulos esperaban del Jesús resucitado el restablecimiento del reino de Israel, recibieron más bien la promesa del Espíritu Santo (Hch 1:6-8). Y el fruto del Espíritu Santo era la asamblea (=iglesia) de los creyentes que vivían una rica comunidad. Esta sustitución requiere un poco de reflexión para no equivocarse sus dimensiones.

La comunidad del Espíritu Santo no es el Reino de Israel ni el Reino de Dios. Con respecto al Reino de Dios que anunció el Mesías tiene ventajas y desventajas. Como ventaja está su carácter presente (y no futuro utópico). Con el “bautismo” del Espíritu Santo la iglesia experimenta en su seno la presencia inmediata de Dios, confirmada con señales de sanidad y de conversión de los incrédulos a la fe verdadera. Como desventaja está el carácter parcial de la liberación y la comunidad que da el derramamiento del Espíritu. Parcial porque únicamente participan los creyentes mientras que el resto del mundo sigue en su condición de miseria. Y parcial porque la comunión del Espíritu, que sigue viviendo las

condiciones históricas de la vida humana, no puede borrar las opresiones reales que sufren sus miembros en el mundo de la cotidianeidad del cual no pueden retirarse por completo.

Reconociendo este problema, algunas iglesias protestantes se vuelcan hacia una afanosa actividad de “evangelismo” con el fin de convertir al Dios verdadero a toda la sociedad. Cuando cantamos que “Nicaragua será para Cristo” estamos reconociendo los límites objetivos de la iglesia y, por ende, comprometiéndonos a esforzarnos para extender las fronteras de la iglesia hasta que coincidan con las de la sociedad. El movimiento misionero mundial protestante del siglo XIX obedeció a la misma lógica. Es que la iglesia cristiana, por ser el pueblo de Dios creado por la presencia del Espíritu, tiene una vocación universal. Mientras subsistan vastas áreas incrédulas la iglesia se siente incompleta. Pero, después de casi veinte siglos de evangelización, es evidente que es equivocar su meta si se propone acabar con la incredulidad y extender las fronteras de la iglesia hasta que coincidan con el mundo habitado.

Pablo entendió de otra forma la vocación de la iglesia a cumplir la promesa del Reino de Dios. Dios “nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (2 Co 1:22). Es decir, la presencia del Espíritu que es una realidad indudable en la iglesia de Corinto, es la prenda del Reino de Dios que aún esperamos. Es posible afirmar, como algunos lo han hecho, que la Iglesia es el Reino de Dios solamente cegándose a las manchas y arrugas muy reales que muestra. Pero tampoco es posible negar la relación entre la Iglesia y el Reino o convertimos la iglesia, simplemente, en una sociedad religiosa. La presencia evidente de Dios Espíritu Santo es la prenda del Reino de Dios, una participación en lo que esperamos. Efesios también lo dice, “fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es la prenda de nuestra herencia” (Ef 1:13-14).

Pero no es el surgimiento de la Iglesia la única ni necesariamente la más importante muestra histórica de la obra del Espíritu Santo en crear comunidad entre los humanos. La irrupción del pueblo nicaragüense en la insurrección contra la tiranía y la defensa contra la agresión imperialista es un milagro que se puede estudiar científicamente pero nunca explicar de esta forma. Que un pueblo pobre, sometido por cinco siglos a la explotación que le niega la preservación de sus raíces, con sus lenguas naturales reprimidas y preservadas únicamente en las zonas selváticas de la montaña, privado de sus tierras ancestrales, impedido de educarse, pudiera surgir como un sujeto histórico capaz de defenderse contra la agresión brutal de la nación militarmente más fuerte de la historia es una evidencia de la obra del Espíritu Santo.

El que no era pueblo se convierte en pueblo de Dios. Y esto en sentido estricto y no metafórico. Es tan válido según la Biblia llamar pueblo de Dios al nuevo sujeto popular nicaragüense como llamar pueblo de Dios a la sociedad religiosa de quienes confiesan a Jesús como Mesías y Salvador. Israel vino a ser el "pueblo de Yavé" cuando de una masa de trabajadores en Egipto surgió un pueblo que luchó por su liberación dirigido por Moisés, el profeta de Yavé. Se insiste en que Israel era un pueblo "de dura cerviz", es decir, incrédulo, pero llegó a ser el Pueblo de Dios porque Yavé le amó en medio de sus luchas de liberación.

De modo que la expresión Pueblo de Dios tiene dos referencias verdaderas. En primer lugar, se refiere al surgimiento de un pueblo pobre que cobra conciencia de sí en la lucha por su vida y su liberación. En segundo lugar, se refiere a los que se han congregado por su fe común en Jesús el Cristo y su esperanza del Reino de Dios. Ambas comunidades tienen en común el hecho de no ser comunidades "naturales" sino surgidas por la obra milagrosa del Espíritu Santo.

Hemos visto en un capítulo anterior (el cap. 2) cómo desde la experiencia del Espíritu Santo fue posible leer la historia de Israel, las Sagradas Escrituras hebreas, como testigos al Espíritu. En forma análoga es posible leer la historia de cualquier pueblo que surge como tal en su lucha por la vida y la libertad como "historia sagrada", la historia de la acción de Dios en medio de él. Por el predominio de una visión eclesiocéntrica se ha hecho poco de este trabajo. Los misioneros, por lo general, han preferido erradicar las tradiciones autóctonas para imponer la Iglesia como la historia verdaderamente universal. No han sabido identificar la obra del Espíritu en las historias concretas de los pueblos misionados. Únicamente los pueblos con culturas literarias como los hindúes y los chinos han podido resistir la embestida colonial cristiana. Ni siquiera pueblos de amplia tradición cultural y urbana como los mesoamericanos y los andinos pudieron impedir que su historia oral fuese borrada. Hoy, que renacen los pueblos latinoamericanos, rescatar la historia de la obra de Dios entre estos pueblos, es una tarea por realizar.

Hay una característica importante de la creación de pueblos por el Espíritu que no puede pasar desapercibida. Es la preferencia de Dios por los pobres. En cualquier sociedad, cristiana o no, los pobres están fuera de las estructuras. Cuando hablan, que no es fácil, es la voz de Dios. Decía Jesús, "Gracias te doy, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y los entendidos y se las has revelado a los niños; sí, Padre, porque así te agradó" (Mt 11:25-26). Cuando el Espíritu crea comunidad entre los pobres se estremecen los Estados y la Iglesia. Evidencia de ello fue el movimiento de Francisco de Asís y sus hermanitos en la Europa cristiana del siglo XIII. Nada mejor en nuestros días que la novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, para entender el poder profético de la Palabra desde los pobres.

La afinidad del Espíritu Santo con los pobres se debe a un hecho perfectamente comprensible, que ellos están fuera de las estructuras del "mundo", excluidos por los grandes. Desde esta exterioridad anhelan la salvación como Reino de Dios, por lo menos cuando el Espíritu Santo ha despertado entre ellos el sentido de comunidad. Vida espiritual es una vida de solidaridad con los pobres, y muy especialmente con los pobres que luchan como pueblo para sí por su liberación.

También existe una afinidad entre la vida espiritual y la democracia, entendida ésta en su sentido etimológico como poder popular. El movimiento pentecostal en el seno del cristianismo ha reconocido esto con su resistencia al clericalismo. Lutero y Calvino lucharon contra el dominio de Roma en nombre de Jesucristo, pero tuvieron que confrontar en su otro flanco con quienes, en nombre del Espíritu, cuestionaron el clericalismo de los Reformadores. El Espíritu da una voz al pueblo oprimido e invita al poder también a los pobres. Este poder popular del Espíritu habla desde la utopía de la vida, la libertad y la igualdad, y siempre cuestiona todo orden instalado, incluso el orden revolucionario creado por el mismo pueblo. En la dialéctica de la existencia histórica donde el Espíritu es una prenda de lo que debe y puede ser, no puede ser de otro modo. La vida espiritual mueve hacia una democracia siempre inquieta que poco tiene que ver con las democracias instaladas con mecanismos representativos que aseguran que siempre habrá un colchón entre el pueblo y la élite que lo representa.

El horizonte de la comunidad del Espíritu Santo es el Reino de Dios o la Ciudad Celestial. El horizonte de la aspiración del pueblo de Dios no es la desaparición de la vida en comunidad sino su transformación. Como en la comunidad original de Jerusalén, allí no habrá necesidad pues todos compartirán lo que tienen. Estrictamente

hablando, no es que no haya necesidades sino que no habrá necesidades insatisfechas, porque la comunidad las suplirá. Cada quien vivirá en la casa que edifique y comerá de la viña que sembró (Is 65:21). En la Ciudad Celestial no habrá templo (donde mandan las jerarquías eclesiales) porque Dios mismo habitará entre los hombres (Ap 21:1-3). La situación es análoga a la de la persona. El horizonte en este caso es la resurrección, es decir, cuerpos transformados sin enfermedad ni muerte. Pero para que estos cuerpos transformados puedan satisfacer sus necesidades corporales vivirán en el seno de comunidades transformadas donde nadie haga mal contra su prójimo porque la tierra será llena del conocimiento de Yavé como las aguas cubren el mar (Is 11:9).

Este horizonte utópico son “los cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 P 3:13). La presencia del Espíritu Santo es la prenda de la promesa de Dios.

4.3. En el interior de la Iglesia, el pueblo “religioso” de Dios, la presencia del Espíritu Santo es la fuente de vida en comunidad. Según el relato fundante que ya hemos examinado, es el Espíritu quien hace la Iglesia. Esto tiene implicaciones que no armonizan perfectamente con las iglesias empíricas, de modo que hace falta sacar algunas de ellas.

En el Protestantismo la Iglesia nace de la Palabra, en sus tres sentidos clásicos, la Palabra Encarnada, la Palabra escrita (=la Biblia), y la Palabra predicada. El Espíritu Santo no añade nada esencial a la Palabra sino viene a confirmarla. En el interior del Protestantismo el movimiento pentecostal es una protesta contra esta marginalización del Espíritu que, según los apóstoles, es la fuerza constitutiva de la Iglesia.

En la Iglesia Católica Romana la sucesión de los apóstoles es la que da legitimidad a la Iglesia. Esta visión se

apoya especialmente en Mateo, donde Jesús afirma fundar su Iglesia sobre Pedro (Mt 16:18), y encarga la tarea de extenderla a los apóstoles (Mt 28:18-20). La sana doctrina es protegida, según esta visión, por el magisterio encargado en última instancia al Obispo de Roma, sucesor de Pedro y vicario de Cristo. El Espíritu Santo queda relegado a la función de dar su sello de aprobación a aquello que la jerarquía ya garantizó. En nuestros días el Concilio Vaticano II dijo, de modo contrario, que la Iglesia era ante todo Pueblo de Dios, y en el interior de éste existen la jerarquía, el sacerdocio y el laicado. Y en la práctica pastoral el Espíritu ha suscitado las “comunidades eclesiales de base”; que sin rechazar la jerarquía y el clero se abren a la libertad del Espíritu como fundador de la Iglesia, una Iglesia que “nace del pueblo”.

En el ala congregacional del Protestantismo se ha puesto énfasis en el Espíritu como la fuerza que convoca a las iglesias, que son asambleas de creyentes que se congregan para fortalecer su comunidad en la alabanza a Dios y el servicio a sus prójimos. “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo... y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Co 12:13). El Espíritu distribuye entre los fieles sus dones (=carismas) “para la edificación de la iglesia” (1 Co 14:12). El énfasis localista de nosotros los bautistas y otros grupos cristianos afines surge en parte de la dificultad en experimentar la presencia y obra del Espíritu en una estructura dividida en muchos lugares diferentes. Dice Pablo, “Vosotros sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo” (2 Co 3:3); esto es más probable en la democracia de la iglesia local dinamizada por los múltiples dones del Espíritu.

El cristianismo congregacional es una voz que debe oírse en el concierto de las iglesias cristianas. Pero no debe borrar el énfasis en la unidad y la catolicidad de la Iglesia. En

la Iglesia existe una tensión de la única catolicidad de muchos pueblos que no pierden sus características propia en la unidad "de un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos" (Ef 4:4-6). Por el Espíritu se preserva la naturaleza propia del pueblo miskito moravo y del pueblo bautista mestizo dentro de la unidad en el Espíritu que no borra las diferencias sino que más bien las asume. Esta unidad no es una operación mecánica que pudiera resultar de negociaciones, aunque habrá momentos en que éstas sean necesarias para preservarla. Las iglesias cristianas serán católicas cuando por la obra del Espíritu sepan asumir la diversidad sin subordinación ni tachadura.

Terminamos esta sección sobre la creación de comunidad por el Espíritu de Dios subrayando que porque en el Espíritu la iglesia existe en función del Reino de Dios es prioritario no confundir las iglesias con la totalidad del pueblo de Dios. Hay, por supuesto, un sentido en el cual la iglesia es el pueblo de Dios, y así se justifica nuestro lenguaje corriente. Propiamente también es el pueblo de Dios el pueblo pobre cuando por obra del Espíritu cobra conciencia de ser pueblo para sí. Hay casos cuando este pueblo puede tener conciencia de ser el pueblo de Dios, como en la Nicaragua revolucionaria y cristiana, pero otros que no, como la revolución nacionalista vietnamita. Una iglesia que reconoce la maternidad del Espíritu deberá discernir al pueblo de Dios y saber cómo solidarizarse con él.

5. Vivir en el Espíritu es participar en la comunión del Dios trino

Los cristianos afirmamos y creemos que Dios es desde la eternidad y para siempre Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nada de lo que hace el Espíritu es ajeno al Padre ni

al Hijo sino que los tres participan conjuntamente en todo. En términos de la vida espiritual esto implica que el proceso de santificación personal y comunitaria que decimos es la obra del Espíritu Santo es también un proceso de entrar en la comunión de la Trinidad. Nuestro Señor Jesucristo dijo que “nadie viene al Padre si no es por mí” (Jn 14:6). Y sobre el Espíritu dice Jesús, según afirma el Cuarto Evangelio (Jn 16:14), “El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.” En la visión reflectiva del evangelio según Juan, los discípulos llegan al Padre por medio del Hijo y del Espíritu Santo, y estos dos vienen enviados por el Padre.

El misterio es grande, pero si la vida espiritual no fuera también vida en Dios Padre no sería auténticamente vida en el Espíritu. Dios es uno, y no puede existir una devoción a Jesús como Señor y Salvador que no sea también devoción al Espíritu y al Padre, y viceversa. Vivir en el Espíritu es dar pasos hacia una participación en la divinidad, hacia la deificación, tema atrevido que se asoma en la Segunda Epístola de Pedro:

Todas las cosas que son para vida y piedad nos fueron dadas por su poder divino mediante el conocimiento del que nos llamó en su propia gloria y virtud, y por ellas nos fueron dadas las máximas y honorables promesas, para que por éstas viniereis a ser partícipes de la divina naturaleza (theias koinonoi physeos) huyendo de la corrupción que está en el mundo en el Deseo. (1 P 1:3-4).

El adjetivo “divino” es muy poco común en el Nuevo Testamento; solamente aparece en este pasaje. En forma sustantivada ocurre en el discurso de Pablo en Atenas (Hch 17:29). Supone un poder de abstracción poco común entre los apóstoles pero no por ello menos significativo.

En la segunda mitad del siglo II d. C. San Ireneo imaginará la salvación diciendo que Dios se humanizó en la Encarnación del Hijo para que la humanidad fuera divinizada. Es un pensamiento atrevido pero resulta necesario en alguna forma si la vida espiritual ha de retener algún sentido real.

5.1. El Espíritu participa en la obra creadora del Padre. Aunque en el lenguaje de la oración y de la piedad cristianas pensamos en Dios Padre como el Creador del cielo y de la tierra, y aunque en los credos antiguos la creación se incluye en el artículo en que la Iglesia confiesa su fe en Dios Padre, los textos bíblicos sugieren que ésta es una función de Dios en su unidad ternaria. En Gn 1:2 se narra cómo el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas en el acontecimiento creador original. Pr 8:22-31 presenta a la Sabiduría que acompañó a “Dios” en trazar los límites de la creación. El Cuarto Evangelio afirma que el Logos (=Hijo) fue partícipe en la obra de la creación (Jn 1:1-3).

Pues bien, en la nueva creación, que es más importante para la humanidad que la creación original, también hemos de suponer que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo colabora con la humanidad. La creación de una nueva humanidad, del Pueblo de Dios donde no había pueblo (Os 2:1; 1 P 2:10), es vivida como un don en libertad del Espíritu, animado y orientado por la Palabra profética. Pero que haya un pueblo santo que “anuncie las alabanzas del que nos sacó de las tinieblas a su luz admirable” (1 P 2:9) es una intención divina desde la creación. La historia sagrada en la Biblia es la historia de cómo esta intención se frustró y se aplazó por obra del demonio y del pecado, pero desde Adán, Noé y Abraham Dios se propuso un paraíso terrestre donde la humanidad viviera en paz y justicia.

La capacidad creadora en el arte y en la política es inconcebible sin la libertad, la profecía, la comunidad y la vida que atribuimos a Dios Espíritu. Por el Espíritu

componemos canciones o poesías y por el Espíritu forjamos una nueva sociedad donde el pueblo se da las estructuras para una vida justa. Pero todo esto tiene que realizarse dentro de las normas dadas por las armonías musicales y los ritmos sonoros, de las leyes del intercambio económico y político que estudian las ciencias. Y este orden y esta legalidad las atribuimos tradicionalmente a Dios Padre. La pura libertad sería anarquía y caos. El Espíritu asegura la espontaneidad vital pero es el Espíritu que es enviado por el Padre y por lo tanto un Espíritu de orden.

5.2. El Padre con el Espíritu son la fuente de las normas de los pueblos. Así como asociamos con Dios Padre la obra de la creación asociamos también con el Padre las normas que rigen la vida de las naciones y, en particular, la del pueblo de Dios. En el relato de la creación se establecen las primeras leyes que Dios Creador impuso sobre los humanos: comer de la hierba verde (y no de la carne) de la creación y gobernar sobre los animales que Dios había creado. Terminado el diluvio se narra que Dios permitió a la humanidad matar animales para consumir su carne, siempre que no comiera la sangre sino que la derramara en la tierra. En los credos cristianos y en la oración cristiana hemos siempre pensado en este Creador que legisla para la humanidad como el Dios Padre de la Santísima Trinidad.

Pero es en especial en el monte Sinaí que Yavé, como ahora se había dado a conocer, impuso sobre el pueblo que recién había liberado de la servidumbre egipcia, las leyes según las cuales vivirían como un pueblo escogido. Esta ley sinaítica fue la que se conoció en tiempos de Jesús como la Ley de Moisés y que era el centro de la vida nacional según la interpretaban los fariseos, los maestros populares de Israel para el tiempo de Jesús y de los apóstoles. Central a los conflictos que tuvo Jesús con los fariseos fue su insistencia

en subordinar esta ley de Dios a las exigencias de la vida. Jesús no se abstuvo de sanar enfermos en el día sábado, ni prohibió a sus discípulos cortar espigas para satisfacer su hambre en ese día de descanso. Resistió la intención de aplicar la pena que la ley imponía a la mujer tomada en el acto del adulterio.

Aparentemente, Jesús no atacó en principio la vigencia de la ley de Dios. Según la colección de dichos recogidos por Mateo en el Sermón del Monte, hasta la hizo más rigurosa ("oísteis que fue dicho: No cometeréis adulterio. Mas yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón", Mt 5:27-28). Pero no permitió en casos concretos que el peso de la ley impidiera el libre desenvolvimiento de la vida. De acuerdo con esta interpretación "liberal" de la ley, la resumió para un legista en el doble mandamiento del amor, a Dios y al prójimo (Mc 12:29-31). El "mandamiento nuevo" que dejó a sus discípulos era el mandamiento del amor (Jn 13:34).

La vida en el Espíritu para las comunidades cristianas tuvo que enfrentarse a este conflicto entre la ley y la libertad del Espíritu. Pablo trata el tema ampliamente en sus cartas a los gálatas y a los romanos. No permite que se piense en la vida en el Espíritu como anarquía, sino que el Espíritu une a la persona del creyente y a la comunidad de los creyentes en torno al amor (Gá 5:14-16).

Es por el Espíritu que clamamos "Abba, Padre" (Ro 8:15). En el Espíritu reconocemos la autoridad de nuestro Padre celestial, hasta el punto de poder afirmar que la ley es espiritual (Ro 7:14), es santa, justa y buena (Ro 7:12). Pero por el Espíritu no estamos sometidos a la ley sino que hemos sido liberados para el amor. En fin, Espíritu y Padre se apoyan mutuamente en la vida espiritual.

5.3. La deificación. Vivir en el Espíritu es, en el lenguaje de la segunda epístola de Pedro, entrar en un

proceso de participación en la naturaleza de la divinidad. En la experiencia cristiana la naturaleza divina es trinitaria y la vida espiritual también refleja esta característica trinitaria.

Según las iglesias orientales desde los padres capadocios del cuarto siglo, el Padre es la fuente de la naturaleza divina. El Padre engendra desde toda eternidad al Hijo, y de la misma forma eterna espira al Espíritu Santo. Esto se confirma en las expresiones del evangelio según Juan (Jn 14:26; 17:18, etc.) y en el lenguaje de la oración cristiana en todas las iglesias. Oramos comúnmente dirigiéndonos al Padre (como nos lo enseñó el mismo Jesús), pidiendo que El nos mande al Espíritu Santo. En la imaginación espontánea del cristiano el Padre es la esencia y la fuente de la divinidad. Los orientales han elaborado sus doctrinas trinitarias partiendo de esta experiencia primaria, lo cual no puede ser equivocado.

Pues bien, la vida espiritual es un crecimiento en el fecundo amor del Padre, cuya divinidad se expresa en su quinta esencia en el eterno proceso de engendrar al Hijo y espirar al Espíritu. Dios Padre no se cierra en sí mismo sino que sale de sí para causar su desdoblamiento en el Hijo y el Espíritu. Antes de crear lo que no es Dios, —los ángeles y los seres terrestres— ya la esencia divina salía eternamente de sí para formar la Santísima Trinidad. Es el modelo de nuestro crecimiento espiritual. El amor espiritual buscará asemejarse al amor desinteresado del Padre que engendra al Hijo y espira al Espíritu.

Pero la formulación occidental del misterio trinitario, con su origen en San Agustín, parece en su racionalidad más fiel a la naturaleza divina y coherente también con la experiencia espiritual. No es el Padre la fuente de la divinidad sino que la divinidad es, en su esencia, trinitaria. El Padre no hace nada sin el Hijo y el Espíritu, ni tampoco el Espíritu sin el Padre y el Hijo. Las únicas distinciones entre los tres son

las que tienen que ver con sus relaciones internas. Lo que distingue al Padre es que engendra al Hijo y espira al Espíritu. Lo que distingue al Hijo es ser engendrado por el Padre y participar en la espiración del Espíritu. Lo que distingue al Espíritu es proceder conjuntamente del Padre y del Hijo. Por lo demás, actúan en concierto para crear, redimir, gobernar, santificar, juzgar, etc., en la unidad del único Dios. En esta imaginación agustiana del misterio, la divinidad es, en su esencia eterna, comunitaria.

Pues bien, la vida espiritual es una participación en comunidad. No basta una imagen de amor desinteresado que da de sí para producir al otro. Más auténtica es la imagen y la experiencia de aprender a vivir en comunidad. No es casual que Lucas subraye dos veces (Hch 2:43-47 y 4:32-37) el estrecho vínculo entre la llenura del Espíritu y la vida donde se tenían en común todas las posesiones. El amor más grande y divino es el que aprende mutua dependencia, que da y recibe de otros que son iguales en dignidad, en la riqueza de una comunidad que es más que la suma de sus participantes.

5.4. Si, como hemos visto, la vida espiritual nos apunta hacia el Padre celestial, es igualmente cierto que el Espíritu apunta siempre hacia el Hijo y, concretamente, el Hijo Encarnado y Crucificado.

El Cuarto Evangelio recoge discursos de Jesús donde se insiste sobre este punto. “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14:26). “El me glorificará; porque tomará de lo mío y os lo hará saber” (Jn 16:14). El Jesús resucitado, y aun la memoria de Jesús en Galilea, son recibidos en virtud de la actuación presente del Espíritu.

En la experiencia de los apóstoles y de los primeros que creyeron por su testimonio, el Espíritu que recibieron

cuando conocieron el evangelio estaba íntimamente vinculado con aquel Jesús que conocieron en la predicación. Pablo dice en un lugar, "El Señor (=Cristo) es el Espíritu" (2 Co 3:17), y en otro, "nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo" (1 Co 12:3).

Por este testimonio del Espíritu al Hijo vienen en la práctica a ser sinónimas las expresiones "vida espiritual" y "seguimiento de Jesús". Vivir en el Espíritu es lo mismo que seguir a Jesús.

5.5. El poder del Espíritu es el poder de la cruz de Cristo Jesús. Digámoslo en las palabras del apóstol de los gentiles: "La palabra de la cruz es locura a los que se pierden, pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios" (1 Co 1:18).

¡La afirmación espiritual de Pablo es que el poder inconmensurable del Dios Trino se manifiesta en la victoria de Jesús, el Mesías del pueblo de Dios, sobre Pilato y Caifás! Jesús se solidarizó con los pobres que con dignidad afrontaban el poder imperial, sabiendo que podía costarles la vida. Cuando Caifás, la autoridad religiosa, se confabuló con Pilato, el poder imperial, pudieron matar a Jesús de una manera pública y vergonzosa. La resurrección de Jesús, hecho que se hizo público en la predicación apostólica con la fuerza del Espíritu, fue la inversión de la sentencia de Pilato. Era la evidencia de que el poder del Espíritu que obra a través de la debilidad es más fuerte que la fuerza bruta de los imperios.

El vínculo entre el poder divino y la solidaridad con los pobres que representa la cruz no es accidental. Es parte de la naturaleza del poder de Dios obrar a través de la debilidad. Es una lección difícil, y nunca su adquisición es segura. Apoyarse en el poder del Estado es una tentación siempre renovada de buscarse un poder más susceptible a

manipulación que el poder del Espíritu que es el verdadero poder de la cruz. Las alianzas viejas entre los Estados jerárquicos y una iglesia también jerárquica es tan conocida que no requiere de comentario. También en las jóvenes revoluciones se presenta, en formas nuevas y menos peligrosas (por la ausencia de jerarquías en el cristianismo popular), esta tentación. Como toda tentación, debe ser rechazada por desviarnos del Dios verdadero.

Oscar Arnulfo Romero entendió el poder de la cruz cuando dijo, "Si me matan, resucitaré en la lucha del pueblo salvadoreño."

5.6. Vivir en el Espíritu significa seguir a Jesús en su opción por los pobres. El Jesús a quien da testimonio el Espíritu es el joven de Nazaret que no tuvo dónde reclinar su cabeza (Lc 9:58). Fue pobre desde su nacimiento en un establo hasta la repartición de su única posesión, una túnica de una sola pieza, a la hora de su muerte.

Pero Jesús no solamente fue pobre sino que tuvo un mensaje de esperanza para los pobres:

Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio. Mt 11:4-5.

Así, pues, Jesús de Nazaret no solamente fue pobre, sino que se identificó con los pobres en su esperanza de superar la pobreza. Asumió la causa de los pobres.

Predicó la inminente venida del Reino de Dios donde prevalecería la justicia y la paz. Y al rico que quiso heredar la vida eterna le pidió que se despojara de sus bienes, los diera a los pobres y se uniera a Jesús y sus seguidores en la proclamación del Reino (Mc 10:17-25).

En una consecuente representación de los intereses de Dios que eran los intereses de los pobres, fue necesario que muriera la muerte de un mártir crucificado por las autoridades. Se le acusó de blasfemia por llamarse el Cristo. Pero lo crucificó el poder imperial que no entendía la teología judía pero entendía perfectamente el peligro que representaba un Mesías popular para la estabilidad social.

Vivir en el Espíritu es vivir en seguimiento de este Jesús de quien da testimonio el Espíritu. En una América Latina agredida por un imperio moderno y por sus aliados latinoamericanos la vida espiritual será por necesidad una vida de lucha. Su corona será, como hemos visto en incisos anteriores, el martirio. Pero esta lucha y este martirio están insertados en una esperanza que es segura porque descansa en la naturaleza del Dios trino que transforma las sociedades humanas desde la debilidad aparente de la pobreza y la cruz.

¡Ven, Espíritu Santo!

Notas

1 Egeiro es el verbo que se usa en los relatos de la resurrección de Jesús, y siempre en formas pasivas. En otros contextos (en las predicciones de la resurrección de Jesús y de la resurrección general de los muertos) se usa otro verbo, anistemi. Este verbo es intransitivo y su uso se parece al uso del verbo castellano "resucitar".

2 Uso a Max Weber de una manera poco precisa y sin consultar las definiciones exactas que él postula, aunque la tipología es suya.

Bibliografía

José Comblin. El Espíritu Santo y la liberación. Madrid: Paulinas, 1987.

Luis Samandú. "El pentecostalismo en Nicaragua y sus raíces religiosas populares," Pasos, 17 (1988), 1-10.

Gustavo Gutiérrez. Beber en su propio pozo. Lima: CEP, 1985.